

REFRACCION LINGÜÍSTICA MATERIALISTA

REVISTA SOBRE

Refracción. Número 11. Enero-junio de 2025. ISSN: 2695-6918

Etnos y demos: la construcción discursiva de la identidad colectiva¹

Ethnos and demos: the discursive construction of collective identity

Patrick Sériot

Universidad de Lausana, Suiza

patrick.seriot@unil.ch

<https://orcid.org/0000-0002-4805-883X>

Recibido: 4/11/2024

Aprobado: 10/12/2024

¹ Este artículo se publicó originalmente como: Sériot, Patrick. 1997. “Ethnos et demos: la construction discursive de l'identité collective” en *Langage et Société*, 79, pp. 39-51. Traducido por Patricia Lafuente Parreño. Revisión final de Eduardo Chávez Herrera para *Refracción*.

Resumen

El término “nación” es una fuente constante de malentendidos sobre las entidades colectivas en cualquier comparación entre Europa Oriental y Occidental. En este artículo hemos contrastado el significado jacobino, derivado del contractualismo de la Ilustración, para el que la nación es un proyecto político (una sociedad que no tiene existencia fuera de un Estado), con la acepción romántica, derivada de las tesis herderianas, para las cuales la nación es ante todo un pueblo, una lengua y una cultura (una comunidad homogénea que puede preceder a cualquier Estado). Hemos analizado también cómo funcionan estas dos acepciones en tanto que categorías discursivas.

Palabras clave

Nación, *ethnos* y *demos*, minorías nacionales, nacionalismo, discursos identitarios, Unión Soviética, Europa Occidental y Oriental.

Abstract

The term ‘nation’ is a constant source of misunderstanding about collective entities in any comparison between Eastern and Western Europe. In this article we have contrasted the Jacobin meaning, derived from Enlightenment contractualism, for which the nation is a political project (a society that has no existence outside a state), with the Romantic meaning, derived from the Herderian thesis, for which the nation is primarily a people, a language and a culture (a homogeneous community that can precede any state). We have also analysed how these two meanings function as discursive categories.

Keywords

Nation, *ethnos* and *demos*, national minorities, nationalism, identity discourses, Soviet Union, Western and Eastern Europe.

Entre los términos que dan cuenta de las entidades colectivas, hay uno que es a menudo una fuente de malentendidos constantes entre el este y el oeste de Europa: el término “nación”. El siguiente ejemplo nos servirá para ilustrar la introducción.

En 1983 emerge un libro ruso publicado en Moscú traducido al francés: *La population du monde* (La población del mundo), de Salomon Bruk, en el que se ofrece una descripción de cada país del mundo desde un punto de vista “etnodemográfico”. Algunos meses más tarde, en la publicación del 29 de febrero de 1984 de *L’Humanité*, G. Marchais escribe una carta abierta al Comité central del PCUS en la que expresa su “inmensa irritación” a raíz de este libro y alega que el autor, “bajo el pretexto de la clasificación etnodemográfica[...] busca dividir la población de nuestro país entre, por una parte, aquellos a los que llama “franceses”, quienes, según él, son “44 millones, es decir un 82,5 % de la población” y, por otra parte [...] los alsacianos, los flamencos, los bretones, los vascos, los catalanes, los corsos, los judíos, los armenios, los gitanos y “los demás”. G. Marchais también cita un pasaje del libro donde se dice, por ejemplo, que “los alsaciano-loreneses se parecen a los alemanes”. El argumento fundamental del artículo es el siguiente:

“dichas acusaciones [son] odiosas y ridículas. [...] Para nosotros, como para todos los ciudadanos de nuestro país, [*se considera*] francés a todo hombre y toda mujer de nacionalidad francesa. Francia no es un Estado multinacional, es un país, una nación, un pueblo, fruto de una muy larga historia. Cualquier intento, basado en criterios arriesgados cuyo límite con el racismo es impreciso, encaminado a definir como no “puramente” franceses a tal o cual miembro de la comunidad francesa, es una ofensa para la conciencia nacional. Nadie aquí ha de aceptarlo, y mucho menos nuestro Partido.

Esta reacción, me parece, se basa en una diferencia en el modo en el que se aborda el problema de “nación”, el cual revela por sí solo un desacuerdo profundo con el orden político e histórico. De esta manera, en aras de comparar los problemas de las minorías nacionales en Europa del oeste y del este, incluso antes de tratar de averiguar si estas situaciones son comparables, habrá que poner en duda la propia noción de comparación y comparabilidad, así como forjar instrumentos de comparación. En otras palabras, habrá que dar con un marco de “conmensurabilidad”. Sólo después se podrá, por ejemplo, comparar la situación de los rusos en los países bálticos con la de los franceses de Argelia en 1962, o Moldavia con el País Vasco,

Hasta entonces se podrá decidir si *tendría sentido* hablar de “decolonización” con respecto a la retirada de la Unión Soviética de los países bálticos, o si el trabajo realizado por Europa occidental en Córcega o Gales puede arrojar algo de luz sobre los problemas de Kazajistán o de Ucrania occidental. Antes que nada, me gustaría mostrar cómo el peso de las tradiciones históricas e ideológicas interpreta un papel en la forma en la que se tratan los problemas de las minorías nacionales, y que los discursos construyen categorías que luego se entienden como *naturales*.

I. La noción de “nación”

Existen campos de investigación científica que en Rusia son comunes y más raros en Francia. Así, los lingüistas en Rusia² han estudiado seriamente el tema del “carácter nacional en la lengua”, mientras que en Francia el tema tendría pocas posibilidades de encontrar su lugar en las publicaciones lingüísticas académicas³. El simple hecho de que se estudie implica, al menos, que la existencia misma del carácter nacional de una lengua se considera asegurada en Rusia, pero esto es más difícil en Francia, al menos en este siglo que termina.

Para explicar esta diferencia de enfoque, vale la pena recordar que la noción de “nación” tiene una *historia diferente* en los diferentes países europeos.

En la Francia del antiguo régimen, la lengua francesa no era de ninguna forma una lengua “nacional”, sino la lengua necesaria para la administración y para la élite intelectual⁴. La Revolución, en este ámbito, trajo un repentino cambio de punto de vista: el triunfo de la lengua francesa supuso el triunfo de la Nación y de la Razón.

Al mismo tiempo, y por el contrario, en Alemania⁵ fue la comunidad lingüística la que sirvió para definir la nación, y la que sería la base para la reivindicación de un Estado nacional

² Cf. las obras de Ju. N. Karaulov, acerca de la “personalidad lingüística” de los rusos, o “el carácter nacional ruso en la lengua rusa”.

³ Desde luego, convendría matizar aquí. El *Que-Sais-je* (serie de libros ¿Qué sé?) de R. Breton sobre las etnias merece un examen en profundidad.

⁴ Al menos de esto trata la teoría implícita del lenguaje que se encuentra en la Declaración de Villers-Côtteret. Para ampliar la visión del lenguaje encontrada entre los enciclopedistas cf. Achard, 1986.

⁵ Al menos para Herder, en una relación paradójica entre una adhesión a la filosofía de la Ilustración y un rechazo a la política.

unificado. La nación francesa es un proyecto político, fruto de violentas luchas políticas y sociales. La nación alemana, por el contrario, apareció por primera vez en las obras de intelectuales románticos como algo eterno, basado en una comunidad de lengua y cultura. Para estos últimos, la lengua era la esencia de la nación, mientras que para los revolucionarios franceses era un medio para lograr la unidad nacional. También podemos contrastar de manera simplificada dos definiciones de la palabra “nación” en el siglo XIX. En la ideología jacobina de Francia⁶, el pueblo soberano proclama la existencia de una nación única e indivisible. Es el Estado, es decir, una entidad política que luego se plantea como un “cuerpo político”, una discreta metáfora biológica. En la concepción romántica alemana, por el contrario, la nación precede al Estado⁷. El *Volk* (pueblo) es una unidad en esencia, construida sobre una comunidad de lengua y cultura. En la concepción romántica, al principio eran lengua y cultura, mientras que en la concepción contractualista de la Ilustración y la Revolución, la lengua es el medio de unificación política. De hecho, parece que la idea alemana de *Kultur* (cultura) está relacionada con las prácticas culturales tradicionales, incluso campesinas, mientras que la idea francesa de “civilización”⁸ se encuentra más bien vinculada a la ciudad y a los valores “burgueses”, los cuales deberían estar extendidos por todo el territorio nacional, en detrimento de la cultura campesina (los dialectos locales, modos de vida tradicionales, etcétera). La idea romántica alemana de nación es un sistema *orgánico* en el que la lengua es portadora de una “cultura nacional” y está vinculada al “pueblo” de manera irreversible⁹. La consecuencia es que en la concepción romántica el pueblo *tiene ya* una lengua, mientras que en la concepción contractualista la lengua “común” debe ser impuesta a toda la población de la nación, incluso y, sobre todo, a aquella parte de la población que no la conozca, y el hecho de que esta imposición no se hubiera presentado como algo extranjero sino como un refinamiento de lo que la gente (el “pueblo”) se suponía que ya sabía, no cambia la cuestión.

⁶ Hay que aclarar que no se trata de oponerse a las “tradiciones nacionales”. La Francia del siglo XIX fue también una fuente del pensamiento contrarrevolucionario y conservador de los más refinados intelectualmente (cf. Joseph de Maistre, Louis de Bonald).

⁷ Hay que aclarar que, sin embargo, esto sólo se considerará plenamente cierto una vez que los ejércitos franceses hayan obligado, de alguna manera, a toda Europa a incorporar al pueblo al juego político. En cierto sentido, era imposible empezar la guerra contra los franceses sin movilizar al pueblo, otorgándole derechos políticos. Pero luego, al evidenciarlo, destacamos el marco relativo de las naciones en plural, marco que los franceses presupusieron y extendieron sin precaución a lo que sería después todo el horizonte político de la época.

⁸ Sobre la oposición entre “cultura” y “civilización”, cf. A. Toynbee; O. Spengler; Beneton, 1975; de Benoist, 1975.

⁹ Sobre este punto, cf. Baggioni, 1986.

Creo que esta diferencia de enfoque se puede resumir en los términos de *etnos* y *demos*, es decir, en la oposición entre el significado *romántico* de la palabra “pueblo”, por un lado, y su sentido *social*, por el otro. La definición jacobina francesa de nación es un *jus soli* (el derecho de la tierra), mientras que la definición romántica alemana es un *jus sanguinis* (el derecho de sangre). La oposición entre G. Marchais y S. Bruk reside precisamente en esta oposición entre *demos* y *etnos*, en una controversia implícita entre el fundamento político y el fundamento étnico de la nación, a excepción de que toda esta controversia esté basada en un malentendido.

En el movimiento revolucionario de principios del siglo XX se puede observar una oposición similar, pero esta vez entre los marxistas de Europa occidental, para quienes la pertenencia de clase es el criterio principal que determina a un individuo, y los marxistas de Europa central y oriental (austriacos y rusos), para quienes la pertenencia nacional también debería de ser tomada en cuenta. No es indiferente que surgiera una polémica entre estos últimos: los “austromarxistas”¹⁰, quienes definían la nación sin tener en cuenta el territorio (como una elección consciente y voluntaria hecha por cada uno al adquirir la mayoría), mientras que para los bolcheviques la nación era “una comunidad estable, históricamente constituida, de lengua, territorio, vida económica y de composición mental, la cual se expresa en una comunidad de cultura”¹¹. Una consecuencia de esta diferencia es que, por ejemplo, en el programa nacional austromarxista, los judíos tenían el estatus de nación, mientras que para Stalin los judíos no constituían una nación¹².

Parece que podemos explicar las fluctuaciones en la política nacional del Estado soviético en los años 20 y 30 mediante la existencia de dos maneras de concebir la nación. *Grosso modo*, Lenin no creía en la existencia sustancial de las naciones, sino que quería utilizar las representaciones que afirmaban esto como un medio táctico temporal para canalizar el descontento local contra el régimen zarista, el objetivo final era el de fusionar las naciones (en el sentido de *etnos*) en una nación (en el sentido de *demos*), que aún está por construirse, por lo cual Stalin insistía (al menos

¹⁰ Cf. O. Bauer, 1924.

¹¹ Cf. Stalin, 1913.

¹² Cf. Carrère d'Encausse, 1987. Asimismo, para Stalin (1913, cf. Stalin, 1953, p. 294) “No hay nación que hable varias lenguas al mismo tiempo”, lo que parece excluir a Suiza como nación, mientras que para el lingüista A. Dauzat (1953, p. 16) “un Estado bilingüe o trilingüe puede formar una nación motivada por un sentimiento patriótico común a sus diferentes elementos. El ejemplo más llamativo es el de Suiza...” cf. El mismo razonamiento de E. Renan: “¿Qué es una nación?” (1882).

en su artículo de 1913 y, más tarde, en los años 30) en el carácter “estable” de la nación, es decir, en un *etnos*.

Creo que el estado actual de los problemas nacionales en Europa del Este y, particularmente en la antigua Unión Soviética, puede estudiarse en parte, si no es que explicarse, a través de la historia de concepciones conflictivas e incompatibles de la nación. Cabe señalar, por ejemplo, que los ideólogos principales de la política nacional de la época denominada “estancamiento” [*zastoj*], M. Bromlej y Ju. Guboglo, desarrollaron una teoría del *etnos* (es decir, a la manera romántica) que resultó ser la base de una política de destrucción de las autonomías locales dentro del Estado único de un único pueblo (es decir, al modo contractualista).

Por otro lado, este conflicto constante entre *demos* y *etnos* puede utilizarse como clave para explicar algunas diferencias entre los movimientos nacionales minoritarios de Europa occidental y oriental en la actualidad.

II. El orden del discurso

Los hechos y eventos históricos son siempre diferentes y nuevos empíricamente hablando, pero un aspecto de su “conmensurabilidad” es el *discurso* que se mantiene sobre ellos. Un evento histórico no *cobra sentido*, es decir, que no puede ser abordado o tener consecuencias prácticas, mediante las palabras que se usan para hablar del mismo. Este conjunto de palabras puede separarse en subconjuntos diferentes, a veces mutuamente incompatibles, que forman *discursos* diferentes. La organización material de estos discursos (organización retórica, léxica e incluso gramatical) puede estudiarse y compararse, particularmente el uso de sustantivos, en tanto que éstos construyen categorías conceptuales, debiendo estudiarse con cuidado¹³.

La nación no es un elemento natural, sino una categoría que existe sobre todo en el *nombre* que una comunidad se ha otorgado a sí misma o que otros dan desde fuera (*cf.* J.-P. Sartre y sus reflexiones sobre la cuestión judía)¹⁴. Un etnónimo no es el reflejo directo de una “cosa”, sino un

¹³ Cf. Sériot, 1997.

¹⁴ Si en general una nación tiene un nombre, no toda comunidad con nombre es necesariamente una nación. El ejemplo del Israel bíblico muestra también que una nación puede definirse por sí misma por el hecho de no tener nombre (o más precisamente, que “nuestro nombre” no sea nombre de una nación, o que nosotros no somos una nación).

objeto del discurso. Desde esta perspectiva, la lucha por el *nombre* tiene exactamente la misma importancia en el este que en el oeste, porque la cuestión de la denominación es la expresión del *ser*. Por ejemplo, el lema del Frente Popular de Moldavia después de 1989 era “no somos moldavos, somos rumanos”, más precisamente una cita de Mihai Eminescu: “Suntem romani și punctum” (Somos rumanos, y punto), al igual que en el Rosellón, es habitual encontrar pintado en las paredes el lema “Sem pa francès, sem catalá” (no somos franceses, somos catalanes). El nombre es un objeto simbólico que da existencia a un grupo y que crea una discontinuidad en una continuidad, y que transforma grupos en objetos contables. De esta manera, Bruk se opone a dos naciones en la región de Chernivtsi (en Ucrania): los moldavos y los rumanos (sin dar ningún criterio de distinción, lo cual parece ser un dato obvio). Establecer una discontinuidad dentro de una continuidad tiene numerosas consecuencias prácticas y materiales. Por ejemplo, ¿el moldavo y el rumano son lenguas diferentes o son la misma? Desde un punto de vista estrictamente descriptivo, esta pregunta carece de sentido, pero desde un punto de vista político, tiene consecuencias directas. La tarea de los académicos oficiales soviéticos después de la Segunda Guerra Mundial fue la de demostrar que estos idiomas eran diferentes, lo cual permitió al gobierno central cambiar el alfabeto de Besarabia del latín al cirílico y solamente hacer neologismos sobre la base del ruso¹⁵.

Discutir acerca del nombre de un idioma plantea la misma problemática que discutir sobre el nombre de una nación. Por ejemplo, ¿existe la nación macedónica? Desde el punto de vista yugoslavo oficial (al menos de la época de Tito), el macedonio es una lengua, lo que hizo que Macedonia recibiese el estado de república federal en Yugoslavia. Desde el punto de vista búlgaro, por otro lado, el macedonio no es un idioma, sino una variante local del búlgaro, lo que permitió al gobierno búlgaro durante la era comunista tener reclamar territoriales en el sur de Yugoslavia y no otorgar el estatus de minoría nacional a los macedonios en Bulgaria.

Con esto no propongo separar la verdad de la falsedad: lo que está en cuestión no es la adecuación de las palabras a las cosas, sino el hecho de que ciertas palabras sean aceptadas o no, se den por sentado o no, para designar comunidades, es decir, agrupar o separar. *Es el nombre que hace la frontera*. Un ejemplo de esta afirmación lo encontramos en el caso de *Polesia*. Estas

¹⁵ Los acontecimientos contemporáneos del final de la perestroika en la URSS revirtieron el problema, con la transición del alfabeto cirílico al alfabeto latino en la Moldavia exsoviética, sin que se resolviera el problema del nombre de la lengua que se hablaba allí: ¿era “moldavo” o “rumano”? Cf. Vâlku-Poustovaia, 1996a,b.

personas viven en Bielorrusia, Ucrania y Polonia. Hasta finales de la década de los años 80, estas no tuvieron un nombre oficialmente reconocido. En la región polaca de Bialystok, el periódico local bielorruso *Niva* publicaba poemas en el “dialecto *polesie* del bielorruso”, pero el 14 de abril de 1988 apareció una nueva organización cultural: “Polesia”, que reivindicaba la resurrección de la cultura, la lengua y el territorio polesios, sin tener en cuenta las fronteras entre los Estados de Ucrania y Bielorrusia (cf. Šeljagovič). Una vez más, es sobre esta base que es posible hacer una comparación entre el este y el oeste: el conflicto discursivo más importante en la prensa francesa durante la guerra de Argelia fue decidir si Argelia era o no Francia (cf. Maldidier, 1971)¹⁶.

Las denominaciones son forma de cristalizar nuevas oposiciones entre grupos. De este modo, en la Rusia pos-Perestroika, en el discurso de los movimientos ultranacionalistas rusos apareció la oposición discursiva “*mondialisty, atlantisty vs evrazijcy* [mundialista, atlantista contra el patriotismo eurasista¹⁷]”, trazando así una nueva distinción entre “ellos” y “nosotros”.

Una forma complementaria de crear una identidad es darle existencia a un adversario, a un “otro”, otorgándole un nombre. Actualmente existen varias formas de denominar a los movimientos nacionalistas rusos, dependiendo del tipo de oposición en la que se ubiquen. Para el escritor Rasputín hay eslavos y no eslavos. La consecuencia es que un polaco o un serbio para él serán considerados “nosotros”, mientras que un alemán o un armenio serán “ellos”. Para otros, por ejemplo L. Gumilev, por el contrario, la línea divisoria pasa entre los “eurasiáticos” y los “occidentales”. En este caso, un polaco o un serbio formarán parte de “ellos” al igual que un alemán, pero un tártaro o un calmuco serán “nosotros”. Una consecuencia de la definición “étnica” de la nación es una nueva división entre los nombres de los rusos. Un “derecho de sangre” requiere dos nombres: los *russkie* (rusos) define a todos los miembros de la nación rusa, donde sea que vivan (por ejemplo, en la “República de Transnistria”), mientras que *rossijane* es el nombre de los habitantes de Rusia, lo que significa que un tártaro que vive a orillas del Volga es considerado *rossijanin* por quienes dan al territorio de la antigua RSFSR el estatus de nuevo estado independiente, pero un tártaro nacionalista, por supuesto, no puede llamarse *rossijanin* si

¹⁶ El problema de la designación de Argelia tuvo implicaciones jurídicas específicas: la Constitución estipula que la nación es indivisible y, como Argelia es Francia, se prohíbe un referéndum sin revisión de la Constitución. Tarde o temprano, el nombre de la Polesia planteará problemas de naturaleza similar.

¹⁷ El “eurasismo” es una teoría culturalista y geopolítica fundada por N. Trubetskoy y otros emigrantes rusos, que afirma que Rusia no es ni Europa ni Asia, sino un “tercer continente”, totalmente distinto de los otros dos. Neologismo en castellano propuesto por P. Seriot.

reivindica la independencia de Tatarstán. La larga controversia en el parlamento ruso en abril de 1992 sobre el nombre del país (“Rusia” o “Federación Rusa”) refleja la importancia de la producción discursiva de la identidad. Recordemos, finalmente, la lucha de los moldavos por cambiar su alfabeto, o los debates sobre el cambio de nombre de la ciudad de Leningrado, y quedará claro que, en primer lugar, la identidad simbólica tiene consecuencias materiales, por lo tanto, las fronteras y los límites no son objetos naturales y que, finalmente comparar las formaciones discursivas es una forma de encontrar una medida común para estudiar los movimientos nacionales en Europa del este y del oeste y explicar sus diferencias de comportamiento.

III. Un discurso mayoritario en posición minoritaria

Me gustaría a continuación tomar como ejemplo el discurso nacionalista de las minorías rusas en los nuevos Estados resultantes de la antigua URSS. Una particularidad del discurso nacionalista ruso es que la pertenencia nacional de los rusos debe justificarse según una jerarquía de niveles. Las distintas variedades del discurso nacionalista ruso insisten en la lucha contra la internacionalización, contra la nivelación de valores a escala global (lo que conllevaría aceptar estándares occidentales), o contra una destrucción cosmopolita de Rusia (lo cual concierne a los judíos). Lo que está en juego es la posibilidad de “preservar la propia cultura” pero, por otro lado, es necesario destacar la comunidad natural de todos los pueblos de la antigua URSS (la tendencia “eurasiática”), o de todos los pueblos de la Federación Rusa. Si antes, durante la época brezhneviana, se decía que estos pueblos tenían una “tendencia” a acercarse, o incluso a fusionar su lengua con la lengua rusa, actualmente más bien se insiste en la proximidad natural (incluso si es determinada históricamente) de estos pueblos con la cultura rusa. Esto otorga una base natural, e incluso necesaria, para justificar la existencia de la Federación Rusa como tal.

La forma en que las minorías rusas hablan de sí mismas en los nuevos Estados resultantes de la antigua URSS es fundamentalmente unánime, es decir, se basa esencialmente en una definición étnica de la nación. En Escocia, en Córcega y en la parte occitana del sur de Francia, los movimientos nacionalistas tienen fuertes reivindicaciones económicas y sociales. Aquí, *ethnos* y *demos* están más o menos vinculados. La conciencia nacional apareció al mismo tiempo que la conciencia del estatus económico inferior de las regiones periféricas en comparación con un

“centro” económicamente más desarrollado. Esta es la motivación de lemas como “volèm viure al país” (Queremos vivir en el país), que fueron apoyados por organizaciones de extrema izquierda en Francia en los años 1968-1980. Por el contrario, el discurso de las minorías nacionales rusas fuera de la Federación Rusa, hasta donde se puede juzgar a partir de periódicos y folletos, se basa esencialmente en una concepción de la nación como *ethnos*. Una afirmación repetida con frecuencia por los rusos de los Estados bálticos, por ejemplo, es que están en peligro, no como categoría social, sino como grupo étnico. Ellos consideran un atentado contra los “derechos humanos” el tener que aprender el idioma local para tener acceso a una actividad profesional pública. Apelan periódicamente al Gobierno ruso para exigirle “protección”. La fabricación discursiva de la identidad de sus adversarios se basa en el hecho de que estos últimos “no los quieren”, y no en reivindicaciones *democráticas*, lo que podría llevar a discutir su posición como una pura pertenencia étnica y no como una posición social determinada en la república. El periódico nacionalista *Zavtra* presenta un fuerte argumento que tiende a demostrar que la pérdida de los Estados bálticos es la primera etapa de un complot contra la nación rusa, fomentado tanto por los *atlantisty* (u “occidentalistas”) como por los judíos. El discurso nacionalista de los bálticos parece más diversificado, y el de los estonios parece tener en cuenta la posición económica de los trabajadores rusos en las fábricas de armamento de la región de Narva. En 1992, el discurso del presidente Landbergis, por el contrario, construyó otra categoría de extranjeros (otro “ellos”): los polacos residentes de Lituania. En enero de 1992, el presidente declaró a la televisión polaca que los polacos habían desempeñado un papel “pasivo” durante el golpe de agosto de 1991, bajo el pretexto de que en Lituania no se les había dado representación parlamentaria a los polacos *como tal*.

Una vez más, no se propone aquí una escala de valores, sino que se intenta proporcionar los medios para una comparación este/oeste con respecto a los discursos de las minorías: las fronteras de la identidad colectiva se construyen en y por el discurso. Se puede entonces proponer una escala de clasificación con una oposición bipolar entre dos puntos extremos, desde una fuerte unanimidad (basada en la lengua, la etnia o la religión, es decir una hipertrofia del principio de *ethnos*) hasta una consideración amplia de la división social (el principio de *demos*), pero esta oposición no es ni ontológica ni cultural: si en ambos casos la palabra *pueblo* designa simbólicamente al mismo referente, lo construye en un espacio distinto de propiedades. Se puede creer que cualquier concepción de nación cuenta con dos dimensiones, pero que una tiende a ser

presupuesta mientras que la otra se plantea. Queda por estudiar cuidadosamente por qué el universalismo centralizado, que caracteriza la articulación entre *ethnos* y *demos* en Francia, es tan opaco desde el punto de vista del este (pero quizás también visto desde el exterior) e inversamente, porque la distinción entre *ciudadanía* y *nacionalidad*, componente intrínseco del derecho soviético, y de numerosos países de Europa oriental, resulta todavía tan extraño desde una óptica francesa.

Bibliografía

Achard, Pierre (1986) - “Mise en ordre de la langue de raison: l'Etat et le français”, en M.-R Gruenais (éd.): *Etats de langue*. París: Fayard (Fondation Diderot), pp. 49-84.

Baggioni, Daniel (1986) - “Préhistoire de la glottopolitique dans la linguistique européenne, de Herder au Cercle linguistique de Prague”, *Langages* (París), n°83, pp. 35-51.

Bauer, Otto (1924) - *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie*, Viena (trad.: *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*. París: Arcantèle, 1987).

Beneton, Philippe (1975) - *Histoire de mots: culture et civilisation*. París: Presses de la Fondation nationale des sciences politiques.

Breton, Roland (1981) - *Les ethnies*. Paris : Presses universitaires de France. *Que Sais-je?*

Carrere d'Encausse, Hélène (1987) - *Le grand défi : Bolcheviks et nations, 1917-1930*. París: Flammarion.

Dauzat, A. (1953 (1940)): *L'Europe linguistique*. París: Payot.

De Benoist, Alain (1974-75): “Culture / civilisation”, *Nouvelle École*, 25-26, invierno 1974-75, p., 85-109.

Gumilev, Lev Nikolaevič (1990) - *Etnogenez i biosfera zemli*. Leningrad [La etnogénesis y la biosfera terrestre] .

— 1990: *Geografija ètnosa v istoričeskij period*, Leningrad [La geografía étnica de la época histórica].

— (1993) - Etnosfera. Istorija ljudej i istorija prirody. Moscou [La etnosfera: Historia de los hombres e historia de la naturaleza].

Maldidier, Denise (1971) - “Le discours politique de la guerre d'Algérie : approche synchronique et diachronique”, *Langages*, 23.

Renan, Ernest (1882) - “Qu'est-ce qu'une nation ?”, Association scientifique de France, *Bulletin hebdomadaire*, 26 mars 1882 (retomado en *Qu'est-ce qu'une nation ?*, Paris: Press-Pocket, coll. Agora, 1992).

Seriot, Patrick(1997) - “ Faut-il que les langues aient un nom? Le cas du macédonien », en A. Tabouret-Keller (éd.): *Le nom des langues*, Louvain: Peeters.

Seljagovlc, M. (sin fecha): « Praktika osparivaet teoriju » [La práctica pone la teoría en cuestión]

Stalin, J. (1913) - “Marksizm i nadonal'nyj vopros”, dans *STALIN I.: Soâinenija*, t. 2, Moscou, 1953 [El marxismo y la cuestión nacional].

Vâlku-Poustovaia, Irène (1996a) - *Essai d'analyse de discours: plurilinguisme et politique en Moldavie*, memoria de DEA, Univ. de Paris-Hi.

Vîlcu-Poustovaia, Irina (1996b) - “Si je suis moldave, je parle moldave" ou "je parle roumain, donc je suis roumain(e)?"". *Nommer sa langue*”. *Education et sociétés plurilingues* (revista del Centre Mondial d'Information sur l'Education Bilingue et Plurilingue - CMOEBP) n° 1, décembre.